¡FLOR DE UN DÍA!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

POR

DON FRANCISCO CAMPRODÓN

LIMA

BENITO GIL, EDITOR
LIBRERÍA UNIVERSAL
CALLE DE LAMPA, (BANCO DEL HERRADOR) N.° 113
SUCURSAL: — CALLE DE CARABAYA, (BODEGONES) 42

1884

Digitized by the Internet Archive
in 2017 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/flordeundiadrama00camp

¡¡FLOR DE UN DÍA!!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

POR

D. FRANCISCO CAMPRODÓN

LIMA

BENITO GIL, EDITOR
LIBRERÍA UNIVERSAL
CALLE DE LAMPA, (BANCO DEL HERRADOR) 113
SUCURSAL — Calle de Carabaya, (Bodegones) 42

1884

Microfilm Negative # 95-2418
Humanities Preservation Project

Tip. de "La Sociedad," San Francisco, N.º 82.

869.5
C158f

¡FLOR DE UN DÍA!

DRAMA ORIGINAL

EN UN PRÓLOGO Y TRES ACTOS

PERSONAJES

El Barón de Espinoza, de 65 años.
Lola, su hija.
Juana, aya de Lola.
D. Diego Carbajal.
Juán (negro), criado de D. Diego.
El Marqués de Montero.
El Capitán de un buque.
Caballeros.. { Ruiz. / Cisneros. / Aguilar. / Mendoza. }
Caballeros y señoras.—Una criada.

¡FLOR DE UN DÍA!

PRÓLOGO

El teatro representa una sala de la casa del Barón de Espinoza.—Puerta en el centro que comunica con el exterior; y á los lados con el interior.—El Barón estará sentado en un sillón, apoyado en su bastón; Lola, copiando un paisaje en una mesa de estudio que vendrá terciada á la derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA

EL BARÓN Y LOLA

LOLA. Bello país debe ser
el de América, papá.
BARÓN. ¿Te gustaría ir allá?
LOLA. Tendría mucho placer:
no me canso de admirar
estos árboles gigantes
que parecen arrogantes
las nubes desafiar.
¿Aquí no los hay, verdad,
de esos inmensos tamaños?
BARÓN. Esos cuentan tantos años
como la tierra de edad.
Árboles plantados son
por la mano de Diós mismo,

y páginas que el bautismo
guardan de la creación.
En mi juventud ví yo
aquellos bosques cubiertos,
en cuyos senos desiertos
jamás el sol penetró;
donde los humildes tilos
con los sehívos se enlazan,
y en sus cóncavos se cazan
panteras y cocodrilos.

LOLA. ¡Ay que miedo! ¿Y te atrevías?...

BARÓN. A qué ¿á cazar? no, hija, no:
jamás antojo me dió
de ir á tales cacerías:
es cosa muy indiscreta,
y en esa caza atrevida
cuesta al cazador la vida
la falta de su escopeta.
El que tenía locura
era el padre de don Diego:
¡oh! cuando él hacía fuego
era cabeza segura.
No, y á corazón entero
el hijo no le va en zaga;
y que él te quiera me halaga,
porque es todo un caballero.
Á galante y generoso,
nadie le gana, de fijo
será para mí un buén hijo,
y para tí un buén esposo.
¿Verdad que le querrás mucho?

LOLA. ¿No lo dice, padre mío,
el amante desvarío
con que extasiada le escucho?
Hallo en su voz cierto son
de ternura y sentimiento,

que hace vibrar con su acento
las fibras del corazón.
Su presencia me domina,
y me miro extasiada
en su fogosa mirada
que me absorbe y me fascina,
y al oirle enamorado,
me dice, padre, mi anhelo
que hay en este mundo un cielo
cuando le tengo á mi lado.

BARÓN. Es natural, hija mía,
es tu primera impresión:
¡quiera Diós que esta ilusión
te dure hasta el postrer día!
y en sueño tan seductor
nunca el mundo te despierte,
y halles, hermosa, en tu muerte
una lágrima de amor.
¡Qué cosa tan deliciosa
fuera, Lola, la existencia,
si durára la vehemencia
de esa pasión tan hermosa!
Mas ya que Diós no lo quiso,
bendigamos su cuidado,
pués dejóle al desterrado
una hoja del Paraíso.

LOLA. ¿Crées que puede apagarse
esta pasión algún día?

BARÓN. Puede muy bién, hija mía,
si nó extinguirse olvidarse.
¿Has visto la tempestad
tronchar robles en el monte,
y cubrir el horizonte
con su densa oscuridad;
y las aguas del torrente
inundando la llanura,

y al otro día fulgura,
la luz de un sol refulgente?
En el perdido sembrado
se siembra el año que viene,
y todo en el mundo tiene
su declive prefijado;
mas si de un amor feliz
el recuerdo nos aqueja,
aunque se olvida, nos deja
siempre alguna cicatriz;
y cuando tras largos años
en élla el dedo se esconde,
esa cicatriz responde
con sentimientos extraños.
Se siente un algo perdido;
un algo, que ya no se halla,
y es el alma que batalla
entre recuerdos y olvido;
y aquel recuerdo sagrado
es la lámpara escondida,
que ilumina el alma herida
con la luz de un bién pasado.
Si de ese amor, que es tu bién,
sabes guardar la ilusión,
en tu propio corazón
hallarás, Lola, un Edén.
Mas si esa ilusión se trunca,
busca en el olvido calma,
porque las flores del alma,
si se van, no vuelven nunca.

LOLA. Hoy que me ves tan dichosa,
¿por qué me afliges, papá?
¿Crees que no durará
esta ilusión tan hermosa?

BARÓN. Hoy que eres feliz, querida,
aunque á tu gusto no cuadre,

debe enseñarte tu padre
los abrojos de la vida.
Y yo que ya me encamino
de mi existencia al ocaso,
quiero enseñarte el mal paso
que hay quizás en tu camino.
Si tu corazón es fiel
de Diego al amor profundo,
ámale, Lola, y el mundo
concéntralo siempre en él. *(Levantándose.)*
Hay algunas almas bellas
que quieren una vez sola;
no lo olvides nunca, Lola,
la de Diego es una de éllas.
(Váse el Barón por la puerta interior.)

ESCENA II

LOLA

¿Por qué se ha de apagar? ¿Acaso el cielo
ha arrojado la flor de los amores,
como un triste presagio de congoja
y amargo desconsuelo,
para verla morir, hoja tras hoja,
cual pobre adelfa que ha tirado el hielo?
Este latir del corazón amante
que dilata su fibra estremecida,
¿no dice, palpitante,
que es este amor el fuego de la vida?
El sol del firmamento,
cuando inunda de luz el alma mía,
¿no dice, acaso, con brillante acento
que entre el amor y el cielo hay simpatía?

ESCENA III

LOLA Y JUANA

JUANA. *(Saliendo con un rollo de dibujos en la mano.)*
Señorita.
LOLA. ¿Qué hay?
JUANA. El negro
que es de don Diego criado,
estos dibujos me ha dado.
LOLA. *(Tomándolos y dejándolos sobre la mesa.)*
¿Está aún aquí?
JUANA. Sí.
LOLA. Me alegro:
quiere tanto á su señor.....
JUANA. Y en estando enamorada,
nada satisface.... nada....
LOLA. Como hablar de nuestro amor.
¿Juana, no te alegras, tú,
de que Diego me ame así?
JUANA. Más que si me diera á mí
todo el oro del Perú.
Al mirar la dicha escrita
en esos ojos tan bellos,
¿queréis que no goce en éllos
quien os crió, señorita?
LOLA. Por eso te lo pregunto,
porque con tu mimo cuento.
Haz que entre Juán al momento.
JUANA. Voy, señora, voy al punto.

ESCENA IV

JUÁN Y LOLA

JUÁN. Buenos días, señorita.
LOLA. Adiós, Juán, ¿y mi don Diego?
JUÁN. Me ha dicho que vendrá luégo
á ponerse á vuestros piés.
LOLA. En lo galante y cumplido
con que traes el recado,
pronto conocer es dado
el amo tuyo quien es.
JUÁN. Mi amo, señora, es un ángel
con toda el alma de un bravo.
LOLA. Díme, Juán ¿eres su esclavo?
JUÁN. No los tiene mi señor:
pero por él sin pensarlo,
hasta la vida daría:
le quiero por su hidalguía,
le adoro por su valor.
LOLA. ¿Hace mucho que le sirves?
JUÁN. Si mi memoria no miente
cuatro años, precisamente,
cumplen el día de hoy.
LOLA. ¿quiéres contarme tu historia?
JUÁN. Si me lo mandais, señora.
LOLA. No mando, suplico ahora.
JUÁN. Pues á complaceros voy:
el color de mi cara
os hará conocer que fué, señora,
el blanco sol del África mi cuna;

y del desierto en la tostada arena
me arrojó la fortuna,
por suerte, del esclavo la cadena.
Un hijo que tenía,
de diez años de edad, también esclavo,
mi destino seguía,
y atravesando el férvido Océano,
viéndose nuestra sangre y nuestra vida,
á la sorda avidez de un castellano.
De la América ardiente
rociamos las fértiles llanuras
con el servil sudor de nuestra frente;
y trabajando allí sin esperanza,
del látigo al crujido,
sólo soñaba el alma en la venganza,
digna del hombre de color, vendido.
Un día en el trabajo,
corriendo tras lijera mariposa
alegre el hijo mío, se distrajo,
y un blanco capataz con saña fiera,
le cruzó con el látigo la cara.
Mi corazón se altera
al recordar la sangre que brotára;
tiré con mano ruda
el hacha con tal ira á su cabeza,
que si le acierto á dar salta, sin duda,
como en manos de un niño una cereza.
Frustróse mi venganza,
y huyendo del castigo y la tortura,
cogí á mi herido hijo,
y vagando sin tino,
eché á correr del monte á la espesura,
sin más guía que Diós en mi camino.
De cansancio rendido,
corrí la noche entera
sin escuchar, señora, más ruido

que el salvaje rugir de la pantera;
y en cuanto amanecía
mas el rugido aquel se aproximaba.
Mi pecho de terror se estremecía,
la sangre al escucharlo se me helaba,
y comprendí para desgracia mía,
que la fiera mis pasos rastreaba.
Sin armas yo para luchar con élla,
y abrumado del peso de mi hijo,
pensé rendirme á mi maldita estrella,
y tras mi infausta suerte
terminar mis angustias con la muerte.
Sentíala moverse entre el follaje,
cuando escuché á mi espalda un caballero,
exclamar: "¡Qué brava es! Llevarme quiero
» la hermosa piel de ese animal salvaje."
Midiendo la distancia con arrojo,
le tiende el arcabuz con faz serena;
el tiro entónces suena,
y le metió la bala por un ojo.
"Negro, dijo tirándome el cuchillo,
» que la desuelles por favor te ruego."
Y obedecí su voz como un chiquillo,
porque el jóven aquel.....

LOLA. *(Atajándole.)* Era mi Diego.

JUÁN. Era don Diego, sí: sólo en su labio
hay sonrisa á la vista de una fiera,
y él sólo tiene la certera mano,
que ni el peligro ni el temor altera;
y volviéndose á mí noble y humano:
—"¿Cómo, sin armas, dijo,
» te atreves á pisar estos lugares,
» exponiéndote, necio, á la tortura
» de ver que un tigre te devore un hijo?"
Díle yo á conocer mi desventura:
y al escuchar mi dolorosa historia,

más de una vez en su morena cara
asomaron los tintes de la ira;
y en vano se esforzára
para borrar con nervuda mano
de dolor una lágima sencilla,
que despuntando entre sus negros ojos
pugnaba por saltar á su mejilla,
"Ven, infeliz, me dijo:
» yo compraré tu sangre al europeo;
» de padre serviré á tu pobre hijo,
» si al África volver no es tu deseo;
» mas si pisar prefieres
» las arenas del África tostada,
» la suerte ya cesó de ser contraria:
» puedes marchar, si allí tienes tu amada,
» y alzar en el desierto tu plegaria."
Entre ríos de llanto,
yo besé aquella mano bienhechora,
y perdonad á mi cariño santo
si lloro aún, al recordarlo ahora.
Desde entónces resbala mi existencia
sobre su sola huella,
y miro siempre en él mi providencia,
como el marino á la polar estrella;
y adivino la idea de su mente
en su mirada vaga;
porque la deuda que mi pecho siente
sólo, señora, el corazón la paga.

LOLA. *(Estremecida.)*
Ámale, como le ama el alma mía:
sé su ángel tutelar.

JUÁN. Sed vos, señora,
si conoceis la ciega idolatría
con que don Diego vuestro nombre adora.
(Juán saluda y vase.)

ESCENA V

LOLA

¡Ay! ¡Cual de santa emoción
dulce llanto me enajena,
y cual hincha mi ilusión
su celeste corazón
que mi recuerdo lo llena!
No oscurezca el mundo vano
el porvenir sobrehumano
que ante mis ojos diviso,
cuando al guiarme su mano
es la vida un paraíso.
No caben llanto ni penas
junto á su alma, bendecida,
porque de caricias llenas,
veremos volar serenas
las horas de nuestra vida;
y si heridas de quebranto
abren del dolor los tiros,
amparada de su encanto
miéntras beba yo su llanto
vivirá de mis suspiros.

(Se oye llamar á la puerta.)

ESCENA VI

LOLA Y JUANA

LOLA. ¿Es él, Juana?
JUANA. Un caballero,
que viene á ver al Barón.
LOLA. ¿No ha dicho su condición?

JUANA. Sí, es el Marqués de Montero,
que diz trae una visita.
LOLA. Díle que pase adelante,
y avisa á papá al instante.
(Juana hace lo que se le manda.)

ESCENA VII

EL MARQUÉS, LOLA Y, LUÉGO, EL BARÓN

MARQUÉS. Besoos los piés, señorita:
¿Sois vos, por mi buena estrella,
la hija del señor Barón?
(Lola contesta afirmativamente.)
Á fe mía, con razón
dijeron que erais muy bella.
LOLA. Sois muy amable y cortés.
MARQUÉS. Á lisonjas no achaqueis
justicia que mereceis.
LOLA. Os doy mil gracias, Marqués.
MARQUÉS. *(Saludando al Barón que entra.)*
Señor Barón.....
BARÓN. *(Alargándole la mano.)*
Caballero.....
Recibo merced no escasa,
con ver honrada mi casa
por el Marqués de Montero.
(Le hace señal de que se siente, y se sientan.)
MARQUÉS. Me haceis sobrado favor:
vuestra hermana en Santander
me encargó os viniera á ver,
y cumplo con este honor.
LOLA. ¿Me retiro, padre mío?
MARQUÉS. Mera visita es la mía,
y en el alma sentiría

dejárais este vacío;
tanto más cuanto doña Ana,
que os quiere mucho. por Diós,
me hablaba siempre de vos.

LOLA. Mi buena tía...

BARÓN. Mi hermana.

MARQUÉS. La ilustre dama declina
de su salud por momentos,
y parte sus pensamientos
entre vos y su sobrina;
y, á fé mía, es un modelo
de elegante sociedad,
y yo debo á su amistad
muchas horas de consuelo.

BARÓN. Se ha hablado de vos, Marqués,
durante la guerra toda.

MARQUÉS. Sí, Barón, seguí la moda
de acuchillar al francés.

BARÓN. De militar bravo y ducho
fama alcanzó vuestro brazo.

MARQUÉS. Para dar un buén sablazo
no se necesita mucho.

BARÓN. ¿Y seguís la profesión?

MARQUÉS. Á brigadier ascendí
y al rey mi cuartel pedí;
no luché por ambición.

BARÓN. Nombre hubísteis de esforzado
y de singular valor.

MARQUÉS. Ciertas heridas de amor
me hicieron desesperado;
además no peleaba
para defender mi tierra;
buscaba algo, y en la guerra
no encontré lo que buscaba.

LOLA. ¿Tan jóven, y el desengaño
marchitó ya vuestra vida?

MARQUÉS. ¿Qué remedio? Es una herida
que el tocarla me hace daño.
LOLA. ¿Fué amor no correspondido?
MARQUÉS. Señorita, eso no mata.
LOLA. ¿Amásteis á una alma ingrata?
MARQUÉS. Y fuí vilmente vendido.
Cuando se concentra al sér,
el alma y el sentimiento,
en el virginal aliento
de una adorada mujer;
y uno da su paz, su calma,
por una esperanza sola,
cuando esta se pierde, Lola,
¿sabeis qué queda en el alma?
Fieros celos que arrebatan,
desconfianzas que mugen,
latidos secos que rugen,
cenizas frías que matan.
LOLA. Os compadezco, á fé mía,
MARQUÉS. Estos, señorita, son,
misterios del corazón
que no entendeis todavía.
Busqué tumba en la pelea,
y me convencí, señora,
que ni tumba bienhechora
encuentra quien la desea.
LOLA. ¿Tan agudo era el dolor
que os impelía á morir?
MARQUÉS. Comprendiérais mi sufrir,
si comprendiéseis mi amor.
BARÓN. El tiempo y la distracción
os devolverán la calma.
MARQUÉS. La virginidad del alma,
¿quién la devuelve, Barón?
Suponiendo que el olvido
borrase este afán profundo,

¿puede devolverme el mundo
las creencias que he perdido?

BARÓN. Marqués, no debeis decir,
de esta agua no he de beber;
sólo Diós alcanza á ver
lo que hay en lo porvenir.

MARQUÉS. Bendita esa voz que augura
un bién que tanto consuela.

LOLA. Marqués, hay un Diós que vela
por las almas sin ventura.

MARQUÉS. (¿Por qué á la hora de amar
no conocí esta mujer?)

LOLA. (No sé qué amargo poder
hay en su modo de hablar.)

MARQUÉS. (*Levantándose.*)
Mas, por Diós, que abusar temo
de vuestra condescendencia.

BARÓN. Al revés, vuestra presencia
nos favorece en extremo;
y mi casa y mi amistad
siempre franco os brindaré.

MARQUÉS. Y yo á gozar volveré
de tan buena sociedad.
Adiós. *(Alarga una mano al Barón.)*
Os beso los piés... *(Volviéndose á Lola.)*
(Es linda como una estrella.) *(Vase.)*

ESCENA VIII

LOLA Y EL BARÓN

BARÓN. Qué alma tan franca y tan bella
tiene ese jóven Marqués.

LOLA. ¿Crées que olvidar podrá
después de querer así?

Eso no es posible.

BARÓN. Sí,
de fijo que olvidará:
el alma que resplandece
en su fogosa mirada,
no es el alma concentrada
que siente, calla y padece.
Expansiva en sus pasiones,
ha amado con calentura,
no ese el amor que augura
una vida de emociones;
pués, cuando por suerte aciaga,
esa fiebre nos desvela,
es cual la luz de una vela
que alumbra un rato y se apaga.

ESCENA IX

DICHOS Y D. DIEGO, DESDE LA PUERTA

DIEGO. Si dais permiso.....

BARÓN. Adelante,
hijo de mi corazón.

LOLA. Diego, ¿qué es esa aflicción
que se nota en tu semblante?

DIEGO. Auroras infortunadas
que á nublar vienen la vida;
voz que reclama, querida,
pago de deudas sagradas.

BARÓN. Diego ¿qué quieres decir?

DIEGO. *(Sacando una carta y entregándosela.)*
Tomad y leed, Barón.

BARÓN. ¿Por qué es esa agitación?

DIEGO. Porque es forzoso partir.

LOLA. Partir tú, no, Diego, no,

DIEGO. (¡Qué desgarradora lucha!)
Va á leer tu padre, escucha
y después hablaré yo.

LOLA. No, Diego, no: esta partida
viniera á verter cruel
la primer gota de hiel
en el vaso de mi vida.

BARÓN. *(Mirando la carta.)*
de tu padre me parece.

DIEGO. Que sigais leyendo espero.

BARÓN. *(Leyendo.)*
"Buenos-Aires, seis de Enero
de mil ochocientos trece.
Diego mío: de tu mano
necesita el viejo; ven,
porque ha menester sostèn
la cabeza del anciano;
pierde mi frente su brío
y hácia la tierra declina,
y cuando el árbol se inclina
pronto caerá, hijo mío.
Con el alma enajenada
tus amores bendiciendo,
tiempo al cielo voy pidiendo
para abrazar á tu amada.
Sé que es muy digna de tí,
y cuando esposo te llame
rogaré al cielo que te ame,
cual me amó tu madre á mí.
Tu larga ausencia sintiendo,
voy este valle dejando,
en que el hombre entra llorando
y el bueno parte sonriendo.
Si mi voz no es importuna,
porque un viejo es como un niño,
te reclamo aquel cariño

que yo te daba en la cuna."
Un instante, Lola, exijo
á solas con Diego hablar. *(Váse Lola.)*

ESCENA X

EL BARÓN Y DON DIEGO

BARÓN. ¿Qué piensas hacer?
DIEGO. Marchar
á cumplir como buén hijo;
y ántes de Lola la mano
que me concedais os ruego.
BARÓN. ¿Si tú te la llevas, Diego,
que le quedará á este anciano?
Yo no creí que querrías
cuando te he querido tanto,
privar que caiga su llanto
sobre mis postreros días.
Conozco tu amor profundo,
y de ese amor no me aquejo;
pero no querrás que un viejo
se quede sólo en el mundo.
DIEGO. ¿Qué quereis decir, Barón?
BARÓN. Por los años encorvado,
el morir á vuestro lado
fuera toda mi ambición.
Á no ser tan viejo, iría
con vosotros al momento,
á exhalar mi último aliento
léjos de la patria mía;
mas si me quitas ahora
á mi Lola, yo te fío
que ya no veré, hijo mío,
despuntar la nueva aurora.

Un sacrificio te exijo,
y el hacerlo está en tu mano;
sé que no te ruego en vano,
porque tú eres un buén hijo.
Vé á cumplir con tu deber,
suspende contraer el lazo;
y á tu vuelta vence el plazo:
Lola será tu mujer.

DIEGO. ¿No sabeis vos que á su lado
sólo hallo vida y consuelo,
y sin élla, hasta en el cielo,
me hallaría desterrado;
y exigís de mi pasión
que me deje aquí la vida?

BARÓN. ¡Hija del alma querida! *(Llorando.)*

DIEGO. Partiré sólo, Barón. *(Conmovido.)*

BARÓN. Y al cruzar el Océano,
cuando el aura el buque impela,
flotará sobre tu vela
la bendición de un anciano.

DIEGO. ¿Queréis á Lola llamar?
(Triste presagio me asalta:
siento que el valor me falta,
y no quisiera llorar.)

ESCENA XI

DICHOS Y LOLA

DIEGO. Lola, un sagrado deber
me obliga crudo á partir;
yo no podría vivir
si te llegase á perder.
Por tí mi pecho sintió
un amor grande y profundo,

y nadie... nadie en el mundo
te amará cual te amo yo.
Miéntras la fortuna esquiva
me tenga léjos de tí,
¿me olvidarás, Lola?

LOLA. (*Señalándose el corazón*) Aquí
vivirás miéntras yo viva.

DIEGO. Tengo un pensamiento que me abruma:
quizá al cruzar el agua, en lontananza,
envuelve el mar, en sábana de espuma,
el rico porvenir de mi esperanza.
Todo el amor, todo el poder del hombre,
si un buque entre las olas se derrumba,
no bastan ¡ay! para escribir su nombre
sobre el cristal inmenso de su tumba.
Si oyes contar de un náufrago la historia,
ya que en la tierra hasta el amor se olvida,
¿encontrará un sepulcro mi memoria?

LOLA. Aquí la guardaré toda mi vida.

DIEGO. Mi pobre corazón se hace pedazos
al dejar tus encantos seductores.

LOLA. No temas, no, te volverá á mis brazos
el ángel tutelar de mis amores:
¿guardarás esta rosa delicada (*Quitándosela de*
para tí de mis sienes desprendida? *su pelo.*)

DIEGO. Viniendo de las trenzas de mi amada,
cada hoja de esta flor vale una vida.

LOLA. Acuérdate de mí, ténla contigo,
para que en élla mis amores leas,
y sea el cielo de mi amor testigo.

DIEGO. ¡Adiós, Barón!

BARÓN. Adiós. (*Abrazándole enternecido.*)

DIEGO. ¡Bendita seas!
(*Cogiendo la mano de Lola, y besándola.*)

FIN DEL PRÓLOGO

¡FLOR DE UN DÍA!

ACTO PRIMERO

Sala de tocador de la Marquesa de Montero, que estará acabándose de vestir para un baile.—Puerta en el centro que comunica con el salón, que aparecerá iluminado; y á la derecha del espectador, puerta que comunica con el interior de la casa.—Mesas de juego.

ESCENA PRIMERA

JUANA Y LOLA

Juana. ¡Qué bién, señora, en vuestra negra trenza
destacan esas rosas su blancura!
No hay una hermosa que en belleza os venza....

Lola. No me halaga ya mucho la hermosura.

Juana. Rica, Marquesa, hermosa y respetada,
¿qué más fortuna vuestro pecho anhela?

Lola. Juana, arrancar del alma angustiada
una memoria que mi frente vela.

Juana. ¿Pués no quisísteis vos de vuestro grado
que os llamáran Marquesa de Montero?

Lola. Misterios son que nunca he divulgado,
y hoy al tocarlos de tristeza muero.

Juana. ¿Con que es cierto el refrán que á muertos y á idos....

Lola. No toques esa cuerda, Juana mía,
porque hace el mismo efecto en mis oídos
que el toque funeral de la agonía.

Juana. ¿Don Diego, acaso, á vuestra fé perjuro....

Lola. Que me hubiese olvidado á Diós pluguiera.

JUANA. ¿Habéis sabido de él?

LOLA. Nunca; y te juro
que quisiera morir sin que supiera.
Supuesto, Juana, que á tu fiel ternura
tanto interesa mi profunda herida,
yo te haré conocer la desventura
que envenena las horas de mi vida.
Tres años hace que á su patrio suelo
se fué Don Diego; y por desgracia mia
á las pocas semanas quiso el cielo
arrebatar mi padre y mi alegría.
Poco ántes de espirar quiso que sola
estuviese un momento en su presencia,
y con voz paternal me dijo: "Lola,
» ya no tendrás más juez que tu conciencia;
» quedas sin padre hasta que vuelva Diego;
» vé á Santander al lado de mi hermana,
» guarda sin mancha el nombre que te entrego
» y sé el sostén de aquella noble anciana:
» y aparte Diós de tus postreras horas
» de los remordimientos la tortura,
» y cual hoy, hija, de tristeza lloras,
» lloren tus hijos con filial ternura."
Murió el anciano y con cariño santo
corrí á regar la tumba que le encierra;
y al encontrarme sola con mi llanto,
ancho desierto pareció la tierra.
Aquella temporada solamente
frecuentaba mi casa un caballero:
los que sufren se entienden fácilmente,
y él sufria también, era Montero.
Te acordarás que él nos sirvió de ayuda
trayéndonos aquí en su compañía,
y aunque su lengua para mí fué muda,
honda tristeza en su mirada había.
De mi tía Ana me dejó en los brazos,

y aquí declina de mi vida el sino:
me volvieron al mundo nuevos lazos,
nuevos placeres me brindó el Destino.
Yo que hasta entónces sólo conociera
de Diego y de mi padre la ternura,
entré en la sociedad por vez primera
y todos celebraron mi hermosura.
En la mujer hay un placer oculto
de solazarse en la pasion que inspira;
y cien galanes con ferviente culto
me contaban de amor dulce mentira.
De mi padre la voz ya no sonaba
más que como éco de infantil conseja
y de mi débil mente se alejaba,
cual vela henchida que á la mar se aleja;
y del salón en el bullicio loco
hundióse aquel recuerdo en mis entrañas,
y se extinguió en el alma poco á poco
como un éco perdido en las montañas.
De el amor las primeras impresiones
tenían de ternura inmenso acopio;
sentí nacer después otras pasiones,
y sobre todo una:—el amor propio:
esa pasión que es, si se desplega,
tronco y raiz del corazón humano;
que a lo pasado nuestra vista ciega
con el incienso del amor mundano;
que halaga con sonido delicioso,
cual de un laud la suave melodía,
interpuso un celaje vaporoso
que mi recuerdo de espesor cubría.
Verme amada, y oir el lisonjero
acento de pasión que yo inspiraba,
de orgullo henchido el corazón entero
con los constantes triunfos que alcanzaba:
este era mi gozar, y sólo un hombre

se mostraba insensible á mi atractivo;
era el Marqués, y el lustre de su nombre
punzaba mi amor propio en lo más vivo.
Montero no era ya aquella alma herida
que buscaba una tumba en la batalla:
sediento entónces de placer y vida,
no conocía á su antojo valla:
audaz sin pretensión, gallardo y fiero,
galante, apuesto, espléndido y lujoso,
me parecía el sólo caballero
digno de mí para llamarle esposo.
Algún genio fatal se complacía
en dar cumplida rienda á mi deseo;
conquista mía fué, y en breve ardía
para los dos la antorcha de himeneo.

JUANA. ¿No sois feliz con él?

LOLA. No, Juana mía:
marchitas yá de la ilusión las flores,
veo por mi desgracia, que aquel día
mi orgullo equivoqué con mis amores.
Y él tampoco lo és: quizá el recelo
de haberse visto en su pasión vendido,
quiza lo poco que á su amante anhelo
costó verse de mí correspondido;
ello es que es triste su mirada altiva,
y en nuestra fría y aparente calma
encuentra á su pesar el alma esquiva,
que falta en ambos el amor del alma.
Y cuando á quedar viene en nuestro pecho
un sentimiento indiferente y frío,
y en la tristeza y soledad desecho,
inerte late el corazón vacío:
cuando sin esperanza de fortuna
lo porvenir se encierra encapotado,
al través de una lágrima importuna
se vuelve la mirada á lo pasado.

Y el aura de la tarde á mis oídos
trae voces perdidas á lo léjos,
viniendo á mi memoria mal dormidos
los del primer amor tibios reflejos;
me los recuerda de una flor la aroma,
los despierta del clave una armonía;
la blanca luna que en el cielo asoma,
fanal hermoso de ilusión un día;
y de la tierna edad de mi inocencia
viene un trémulo rayo desprendido
á alumbrar, léjos ya de mi existencia,
el panorama de un Edén perdido.

JUANA. Procurad disipar esa tristeza:
distracciones buscad por cualquier medio:
ahora que casi vuestra vida empieza
¿no habeis de hallar en vuestro mal remedio?
Fragilidad fué en vos el olvidarle;
mas quién sabe tambien si os ha olvidado;
bastante tiempo es ya para esperarle
los tres años de ausencia que han pasado.

LOLA. Tú no conoces aquel hombre, Juana;
embriagada en el néctar de la vida,
olvido la mujer frívola y vana,
pero aquella alma colosal no olvida.
Yo siento aquí una voz que me asegura
que su huella vá en pos de mi destino,
y para mi expiacion y mi tortura
Diós le pondrá en mitad de mi camino.
Él vive, sí, no sé en lo que me fundo;
mas cual suenan los pasos sobre un hueco,
cada pisada suya por el mundo
dentro mi corazón levanta un éco.

JUANA. Hoy que el Marqués en baile suntuoso
celebrar quiere vuestro fausto día,
dad tregua al llanto y al sufrir reposo,
y brille en vuestros ojos la alegría.

LOLA. No temas, nó: sabemos las mujeres
guardar nuestra pasión aquí escondida,
velando con sonrisas de placeres
los quejidos del alma estremecida.
Y miéntras el dolor, negro y profundo,
mudo en el alma del que sufre queda,
el que no espera compasión del mundo
cubre el dolor con antifaz de cera.

JUANA. Alguien viene.

LOLA. Ve quién és,
y si convidados son
dí que pasen al salón.

JUANA. No, señor, es el Marqués. *(Vase Juana.)*

ESCENA II

LOLA Y EL MARQUÉS

MARQUÉS. Fatal estrella, por Diós,
es la mía, dulce amiga;
siempre el cielo me castiga
cuando estoy léjos de vos.

LOLA. Pués mucho tiempo hace á fé
que os pudiera castigar.

MARQUÉS. No me quiero disculpar
pués conozco que falté;
mas sé que á tan dulce prenda
no apela el cariño en vano.
¿Lola no me dás la mano?

LOLA. Es que no fio en la enmienda.

MARQUÉS. Mucho, Marquesa, lo siento:
juro que podeis fiar,
porque vengo á confesar
lleno de arrepentimiento.
Oidme un rato, Marquesa:

aunque nunca os he olvidado,
distraido habré entibiado
vuestro cariño, y me pesa:
nadie mejor que Montero
conoce lo que valeis,
y creo no dudareis
que os he querido y os quiero.
Algunas veces, en tanto,
que iba en pos de mis antojos,
sorprendía en vuestros ojos
recientes huellas de llanto.
Conozco que os hice agravio;
pués miéntras gozaba yo,
sufríais, y no asomó
una queja en vuestro lábio:
y si vos llanto de hiel
vertíais por mi egoismo,
no me perdono yo mismo
haber sido causa de él.

LOLA. ¿De véras?

MARQUÉS. Os lo confieso
como lo siento, señora.
¿Creeis en la enmienda ahora?

LOLA. Enrique, no hablemos de eso.

MARQUÉS. Vuestro cariño, Lola, es
hoy mi primera fortuna,
hay días de mala luna
que todo sale al revés.

LOLA. Enrique, ¿qué os ha pasado?

MARQUÉS. Me levanté esta mañana,
y de montar me dió gana
el potro tordo rodado,
yo ganoso de cansallo,
y él más ganoso de hacello,
á fuerza ya de corrello
he reventado el caballo.

Por mi fortuna salí
sin lesión de la caída,
tuve luégo una comida
donde se jugó y perdí.
Levantéme sin revancha:
ocurriósenos el dar
un paseo por el mar
y tomamos una lancha;
alzando espumosa estela
y á la barra haciendo proa
dirigímos la canoa
mar afuera á toda vela:
embocaba á la sazón
el canal un bergantín,
Ligero como un delfín,
y al verlo volví el timón.
Mi barquero con enojo
gritó: á la vía Marqués
¿Cómo á la vía? ¿no vés
que nos va á pasar por ojo?
Y si no viro, no marra,
por nuestra estela cruzó,
pero me olvidaba yo
que estábamos en la barra.
Ya del canal separados,
batidos por la corriente,
nos quedamos blandamente
sobre la barra barados.
Y entónces, como de intento
para hacernos zozobrar,
el trapo nos vino á hinchar
una ráfaga de viento:
dicho y hecho, zozobramos...

LOLA. Me espanta esa sangre fría...

MARQUÉS. No os asusteis, hija mía,
porque todos nos salvamos.

Sabeis que nada me arredra;
mas hoy os protesto, á fé,
que de véras me asusté,
pués nado como una piedra.
El bergantín que, al pasar,
nuestra cuita presenció,
en un momento mandó
botar las lanchas al mar.
Para darnos pronta ayuda
los remeros se afanaban,
mas acercarse no osaban
temiendo barar sin duda;
cuando se echó un hombre á nado
de la lancha más vecina,
y en nuestra inminente ruina
á nosotros se ha acercado,
y cogiéndonos á dos
cual si cogiera una paja,
en su lancha nos encaja.
¡Qué brazo, poder de Diós!

LOLA. ¿Muy generoso habréis sido
con el bravo marinero?

MARQUÉS. No era tal: un caballero
muy bizarro y muy cumplido;
moreno, de buén talante,

(Lola escucha agitada.)

elegante sin aliño,
con la sencillez de un niño
y el aliento de un gigante.
Deseoso yo de pagar
abnegación tan sin tasa,
le ofrecí cortés mi casa
que se empeñó en rehusar;
y al dejarle en la posada
mandéle al momento el coche,
rogándole que esta noche

venga á honrar nuestra velada.
Y al presentároslo á vos
os acordaréis, querida,
que me ha salvado la vida.

LOLA. ¡Justicia eterna de Diós!

MARQUÉS. Estais pálida, Marquesa.

LOLA. Si, siento un temblor inquieto....

MARQUÉS. Culpa mía: yo os prometo
que será la última esa;
que al ver lo que por mí pasa
por loco tendrá cualquiera
al que busca riesgo fuera
teniendo un cielo en su casa.

LOLA. Siento una atroz conmoción
que temo hasta hablar me impida.

MARQUÉS. ¿Quién hará, sin vos, mi vida,
los honores del salón?
Hoy sí que no os lo perdono:
y espero que afianzaréis
la fama que ya teneis
de modelo de buén tono.
Ya acude la reunión,
y el baile va empezar luégo.

LOLA. (Muerta me caigo si es Diego.)

MARQUÉS. *(Tomándola del brazo.)*
Lola, vamos al salón.

ESCENA III

JUANA SALE AZORADA Y SANTIGUÁNDOSE

JUANA. ¡Jesucristo, Jesucristo!
Señorita.... ya está adentro;
vaya un oportuno encuentro:
y no sueño, que le he visto.

venga á honrar nuestra velada.
Y al presentároslo á vos
os acordaréis, querida,
que me ha salvado la vida.

LOLA. ¡Justicia eterna de Diós!

MARQUÉS. Estais pálida, Marquesa.

LOLA. Sí, siento un temblor inquieto....

MARQUÉS. Culpa mía: yo os prometo
que será la última esa;
que al ver lo que por mí pasa
por loco tendrá cualquiera
al que busca riesgo fuera
teniendo un cielo en su casa.

LOLA. Siento una atroz conmoción
que temo hasta hablar me impida.

MARQUÉS. ¿Quién hará, sin vos, mi vida,
los honores del salón?
Hoy sí que no os lo perdono:
y espero que afianzaréis
la fama que ya teneis
de modelo de buén tono.
Ya acude la reunión,
y el baile va empezar luégo.

LOLA. (Muerta me caigo si es Diego.)

MARQUÉS. *(Tomándola del brazo.)*
Lola, vamos al salón.

ESCENA III

JUANA SALE AZORADA Y SANTIGUÁNDOSE

JUANA. ¡Jesucristo, Jesucristo!
Señorita.... ya está adentro;
vaya un oportuno encuentro:
y no sueño, que le he visto.

Salí un momento al balcón,
¡Maldita curiosidad!
y en la densa oscuridad
vi pasar una visión.
Y era aquel negro, aquel Juán,
le he visto, le he visto bién;
pero ¿cómo, cuándo y quién
habrá traido ese Adan?
Si él está, también Don Diego
debe estar, la cosa es clara;
si jamás de él se separa:
ya empieza á enredarse el juego;
esto va á parar en mal;
daré parte á la señora....
¿Y quién se lo dice ahora
entre ese berengenal?
Callaré, es lo más seguro
hasta que la pueda hablar.
¡Ay! la Vírgen del Pilar
nos saque en bién de este apuro.
si ántes de la reunión
estaba ya tan inquieta....
Está visto, no hay profeta
como nuestro corazón.
¡Ay! si la Vírgen hiciera
que al negro no vuelva á hallar,
le ofrezco adornar su altar
con cuatro velas de cera.

Salí un momento al balcón,
¡Maldita curiosidad!
y en la densa oscuridad
ví pasar una visión.
Y era aquel negro, aquel Juán,
le he visto, le he visto bién;
pero ¿cómo, cuándo y quién
habrá traido ese Adan?
Si él está, también Don Diego
debe estar, la cosa es clara;
si jamás de él se separa:
ya empieza á enredarse el juego;
esto va á parar en mal;
daré parte á la señora....
¿Y quién se lo dice ahora
entre ese berengenal?
Callaré, es lo más seguro
hasta que la pueda hablar.
¡Ay! la Vírgen del Pilar
nos saque en bién de este apuro.
si ántes de la reunión
estaba ya tan inquieta....
Está visto, no hay profeta
como nuestro corazón.
¡Ay! si la Vírgen hiciera
que al negro no vuelva á hallar,
le ofrezco adornar su altar
con cuatro velas de cera.

ESCENA IV

AGUILAR, RUIZ, MENDOZA, CISNEROS Y ALGUN OTRO CABALLERO SALEN DEL BRAZO, CONVERSANDO FAMILIARMENTE, EXAMINANDO EL ADORNO, ETC.—PASA UN CRIADO CON BEBIDAS.—RUIZ TOMA UN PUÑADO DE BIZCOCHOS Y UN VASO DE PONCHE, Y SE SIENTA JUNTO Á UNA MESA DE JUEGO Á TOMAR SU REFRESCO.

AGUILAR. ¡Jamás ha habido sociedad como esta!
¡cuánta elegancia en todo, cuánto esmero!
Para hacer los honores de una fiesta
es sola la Marquesa de Montero.

MENDOZA. Es verdad, el negarlo fuera agravio;
su acento es siempre amable y oportuno,
y en miel envuelta, mana de su labio
una palabra dulce á cada uno.

CISNEROS. Pués yo, no sé por qué, se me figura
ver al través de su aparente calma
que su sonrisa celestial y pura
trasciende siempre un malestar del alma.

AGUILAR. No es probable que sea: es respetada,
hermosa, rica, de brillante cuna,
y amada del Marqués; fuera bobada
pedir más beneficio á la fortuna.
Antojos tuyos son.

CISNDROS. Serán antojos.

AGUILAR. Cuando hácia alguno su mirada torna,
el sentimiento en sus rasgados ojos
es una nueva gracia que la adorna;
y observadlo, por Diós, en los salones,
la sonrisa simpática que lanza,
hasta en los más inertes corazones
sirve de pedestal á una esperanza.

RUIZ. *(Tomando su ponche.)*
Las mujeres en baile son más vivas,

á la luz de bujías son más bellas:
es animal nocturno.

AGUILAR. ¡Voto á Cribas!
¡que no me quieran cual las quiero á éllas!

RUIZ. ¿Á todas? ¡hombre qué plural tan lato!

AGUILAR. Lo pondré en singular si eso te asusta.

RUIZ. Siquiera en singular ya es otro trato.

AGUILAR. Pués todo el sexo mujeril me gusta.

RUIZ. Es opinión absurda.

AGUILAR. No lo creas.

RUIZ. Te lo voy á probar, por vida mía:
donde quiera que vayas verás feas
que están en una inmensa mayoría,
y si en amar se ha de gastar la vida,
gastarla en una fea es un sarcasmo.

AGUILAR. Distingo: si esa fea es muy subida.
se puede suprimir por pleonásmo.

CISNEROS. Las que son de esta clase, se entretienen
en un rincón de casa murmurando;
como en el baile hay mucha luz, no vienen.

AGUILAR. Por eso quiero estar siempre bailando;
pero después me duele la salida;
porque tras una noche deliciosa,
el renovar la prosa de la vida
es volver á la vida de la prosa.
Todo es hermoso aquí, corre la noche
entre rios de luz y de armonía;
uno comienza por venir en coche
á respirar ambientes de ambrosía;
penetra en el salón, lucen las bellas
de gasa ornadas y ligeras flores,
cual brillan en el cielo las estrellas
de una noche estival en los ardores:
y la hermosura, casi siempre esquiva,
cual si anhelára del amor los lazos
viene espontánea á ser nuestra cautiva,

buscando una prision en nuestros brazos;
y rompe el wals, y luces y mujeres,
y espejos y salón, todo girando,
un vértigo remedan de placeres,
en que se embriaga el alma volteando:
se respira su aliento y el hechizo
y la mirada de la hermosa brilla,
sintiendo frío su flotante rizo
que pasa á acariciar nuestra mejilla.
Ya envidiando una mano chiquitina
que posa abandonada en el regazo,
y al través de la ténue muselina
la nieve mate de un mullido brazo;
ya viéndola cansada reclinarse
en un sillón como en mullido lecho,
y en su agitado respirar contarse
la oscilación de su ondulante pecho;
ya de unos ojos de color de cielo
devorar la simpática mirada,
mirada en que un novicio al primer vuelo
lee cien tomos, y no dice nada!.....
Esto es gozar: al ménos se respira
aire más tibio, más feliz ambiente;
y si en el mundo, al fin, todo es mentira,
se pasa la mentira alegremente.

RUIZ. En nuestra existencia estólida
cada uno tiene un placer;
si tú estás por la mujer
yo estoy por cosa más sólida.

AGUILAR. Mala pedrada te tronche:
sólo por tragón te ódio.

RUIZ. Hombre, esto es un episodio,
un triste vaso de ponche:
tú de amor en los altares
quemas tu incienso á las bellas,
yo, que no me acuerdo de ellas,

ahogo en ron mis pesares.
Me admira verte tan chocho;
es no quererlo entender;
es muy dulce la mujer,
pero es más dulce el bizcocho.

CISNEROS. Qué grata es su ocupación:
la verdad, con verle gozo.

AGUILAR. La garganta de ese mozo
es un molino de ron.

RUIZ. Envidiosos....

AGUILAR. Vamos, cesa.
Ven á decirme una cosa:
¿Viste qué triste y hermosa
se presentó la Marquesa?

RUIZ. Hombre, no lo he reparado.

AGUILAR. ¿No sospechas qué tendrá?

RUIZ. Podrá tener....pero cá..

AGUILAR. Vamos ¿qué es lo que has pensado?

RUIZ. ¿Con que eres curioso?

AGUILAR. Un poco.

RUIZ. Pués por esta vez, amigo,
la verdad, no te lo digo;
porque.... no lo sé tampoco.

CISNEROS. La Marquesa.

RUIZ. Pués chitón....

(Aguilar se adelanta á ofrecerla el brazo.)

ESCENA V

DICHOS Y LOLA

LOLA. ¿Como aquí tan retirados?
¿Están ustedes cansados
del bullicio del salón?

AGUILAR. Mal nos juzgais, á fé mía,
si os llegais á figurar

que pueda á nadie cansar
tan amable compañía.

LOLA. Aguilar, es bién seguro
que sois buen galanteador:
siempre encontrais una flor
para salir del apuro.

AGUILAR. Si vos así lo creéis,
no quiero contrariaros:
muchas tendría que daros
para las que merecéis.

LOLA. Sois amable por demás,
y teneis dichos muy buenos:
si los prodigárais ménos
quizá me gustáran más.

AGUILAR. Pués entónces no prosigo.
Pediros quiero un favor,
y es que me hagáis el honor
de bailar un wals conmigo.

LOLA. ¿Cuál?

AGUILAR. El que querais, señora.

LOLA. Si os place será el tercero,
porque estoy rendida, y quiero
descansar un rato ahora.

CISNEROS. ¿Os encontrais indispuesta?

LOLA. No, pero cansada sí. *(Se oye música.)*
No se entretengan por mí,
pués vuelve á empezar la fiesta.

ESCENA VI

LOLA

LOLA. ¡Que inquieto afán mi corazón altera!
Empieza apénas la festiva danza,
y como si una sombra me siguiera,

doquier la garra del pesar me alcanza.
Si mi vida estuviese
suspendida del fiel de una balanza,
no creo fuese tanta mi agonía.
Quiero huir de esta sombra,
que sólo existe en la memoria mía;
y en busca del olvido
al resbalar mis piés sobre la alfombra,
voy lanzada de un vértigo al impulso
buscando un medio de obligar al tiempo
á correr tan veloz como mi pulso.
¡Ay! Si ahora pudiera
retroceder un paso en mi camino,
y encontrar blanca y pura
como lo fué en mi hermosa primavera
la página feliz de mi destino;
y aquel vibrante acento de ternura
escuchar otra vez sobre la tierra,
que cual recuerdo de un perdido cielo,
ébrio de amor el corazón encierra!
Si alzar pudiera en amoroso anhelo
mi frente virginal inmaculada,
esta frente abatida
que hoy no resistiría su mirada;
y decirle una vez de amor henchida,
ven á buscar en mi amoroso seno
la dulce paz de tu azarosa vida!
¡Ay! ¡no lo quiera Dios! Fuera un suplicio
volverle á ver para perderle luégo
¡Harto costoso es hoy el sacrificio!
No quiera Dios que mi marchita frente
venga á abrasar con su mirar de fuego.

ESCENA VII

EL MARQUÉS Y D. DIEGO: ESTE VIENE APOYADO EN EL BRAZO DEL MARQUÉS

MARQUÉS. Lola mía, os presento el caballero
que me sacó del agua sumergido.
DIEGO. A vuestros piés..... ¡Dios mío!
LOLA. (Él.... él.... yo muero)
MARQUÉS. (¡También esta mujer me habrá vendido!)
(Dirigiéndose á Diego.)
No debeis extrañar que conmovida
encuentre una mujer en su presencia,
quien á su esposa conservó la vida;
su amor debe servirla de indulgencia.
Élla os dirá las hondas atenciones
de gratitud que nuestro pecho abriga.
(Dirigiéndose á la Marquesa)
Miéntras cumplo por vos en los salones,
cumplid por mí con él, querida amiga.
(Váse el Marqués)
DIEGO. *(En actitud de irse.)*
¡Adiós bella esperanza lisonjera!
LOLA. Si puede consolaros mi tormento,
Miradme, Diego, y de perdón siquiera
salga de vuestros labios un acento.
DIEGO. *" Si oís contar de un náufrago la historia,*
» ya que en la tierra hasta el amor se olvida,
» ¿ encontrará un sepulcro mi memoria?
» AQUÍ LA GUARDARÉ TODA MI VIDA. "
Así decía una mujer, llorando,
conociendo la fé con que era amada;
sin duda vos no recordais ya, cuando....
LOLA. (¡Me asesina la hiel de su mirada!)
DIEGO. ¿No recordais que concentré la vida
dentro del corazón para vos sola
y de esperanza y gloria el alma henchida
soñaba un cielo en el amor de Lola?

¿No pensásteis jamás que un peregrino
cruzaba errante el desolado suelo,
y érais la única flor de su camino,
la sola estrella que alumbró su cielo?
Hoy que el encanto de mi vida acaba,
decidme una palabra en vuestro abono;
si os han amado más que yo os amaba,
decídmelo, también, y os lo perdono.

LOLA. Diego, piedad por Dios.

DIEGO. ¿Por qué, Señora,
cuando os fiaba la esperanza mía,
conocer no os dejábais, como ahora?
¿por qué ese corazón amor mentía?
¿Por qué no decir al que creyente
un ángel bello en su delirio fragua:
" no tengo nada aquí, quien por mí siente
» viene á escribir su nombre sobre el agua? "
Porque vuestra pasión es FLOR DE UN DÍA,
que dura sólo lo que dura el lirio,
mostrando al hombre que en amores fía,
que el premio del creyente es el martirio.
¿Qué importa á la mujer si en la mudanza
son de lisonja sus oídos llena,
convertir una vida de esperanza
en campo estéril de infecunda arena?
Y agostados al ver en nuestra frente
cuantos capullos de ilusión tenía,
tendrá élla una sonrisa indiferente
para insultar del mártir la agonía.

LOLA. ¡Me haceis daño.... piedad!

DIEGO. Débil criatura,
hé aquí el único bien que nos ofrecen:
saben verter á mares la amargura
y al probar una gota se estremecen.

LOLA. No en verdad: si tronché vuestra esperanza
derramando la hiel en vuestra vida,
el cielo se encargó de la venganza;

fiad en él que os la dará cumplida.
El cielo me dejó el remordimiento
y un recuerdo sin fin de esa ternura;
si vos no comprendeis este tormento.
no hableis á esta mujer de desventura.
¿Habeis tenido fijas las miradas
viendo las aguas murmurar sonoras,
y en llanto las mejillas arrasadas,
lentas contar las intranquilas horas,
con un recuerdo de tristeza, Diego,
perdido Edén de gloria y de ventura,
que ha de morir aquí, cual fátuo fuego
que brilla en ignorada sepultura?
Y cuando el alma aérea y vagorosa,
á ese deleite celestial se lanza,
grítanos una voz: "¡infiel esposa,
» es un crímen nutrir esa esperanza!"
Y cuando el corazón henchido estalla,
sólo veréis en el morir remedio,
y entre el alma y su amor tendréis por valla
toda una eternidad que está por medio;
y ante el hombre ofendido que amé tanto
no hallar una palabra en mi disculpa,
ni aun el consuelo de enjugar su llanto,
llanto que corre por mi sola culpa.
Y cuando á su desprecio resignada
diera mi salvación por su ventura,
¿creeis que á una mujer tan humillada
debeis hablarle vos de desventura?
Decidme ¿lo creeis?

DIEGO. Adiós, Señora.

LOLA. (Y le pude olvidar, Dios poderoso.
¡Sólo faltaba á mi desgracia ahora
el suplicio de hallarle generoso!)

(D. Diego va á salir conmovido y en el momento de llegar á la puerta, la abre el Marqués, y le indica cortesmente que se detenga.)

ESCENA VIII

DICHOS Y EL MARQUÉS

MARQUÉS. *(Dirigiéndose á Lola.)*
Retiraos, os lo ruego.
LOLA. Enrique, ¿por qué?
MARQUÉS. Os lo mando.
(Lola se vá por la puerta interior, enjugando sus lágrimas.)

ESCENA IX

EL MARQUÉS Y D. DIEGO

MARQUÉS. ¿Me diréis lo que tratando
estábais, señor D. Diego?
DIEGO. Cosas de poco interés.
MARQUÉS. Ved que algo se ha apercibido.
DIEGO. ¿Entónces si habeis oido
á qué preguntais, Marqués?
MARQUÉS. Es verdad, teneis razón
que es inútil la pregunta.
¿Tiene vuestra espada punta?
DIEGO. Y vá recta al corazón.
MARQUÉS. Bien; una mujer os ama,
y no es, por Dios, caballero,
quien no desnuda el acero
para defender su dama.
Pero también se os alcanza
que si élla tiene marido,
puede de su honor vendido
exigir justa venganza.
Y de esa mujer liviana
yo me vengaré después.
DIEGO. Será una hazaña, Marqués,
digna de un alma villana.

Si esa mujer os amó
y no cometió un desliz,
¿por qué no la haceis feliz
amándola como yo?

MARQUÉS. Según vos, no ha delinquido
en no violando el pudor,
que debe á su propio honor
más que al nombre del marido.
Suponiendo que así fuera,
estáis muy equivocado:
no le basta al hombre honrado
fidelidad tan grosera.
Si un día de vuestra esposa
recibiérais un agravio
escuchando de su labio
que en otro su amor reposa,
(la ira mi acento trunca)
¿qué haríais con el rival?

DIEGO. Es un caso original
que no me ha ocurrido nunca.

MARQUÉS. A mí sí, y es menester
acabar con ese amor.
Las cuestiones de mi honor
yo me las sé resolver.

DIEGO. ¿Batiéndoos con el rival
que en mal hora habeis soñado,
creéis que habeis encontrado
un remedio á vuestro mal?

MARQUÉS. ¿Teneis á la muerte miedo?

DIEGO. ¡Miedo! ... sí, porque mi vida
es tan bella y divertida,
que desprenderme no puedo
de su inmenso bienestar.
Señor Marqués de Montero,
¿creéis vos que vuestro acero
me haga á mí pestañear?

MARQUÉS. ¿Pues á qué tanta disculpa?

DIEGO. ¿Quereis un duelo mortal?
Sea: mas de vuestro mal
no echeis á nadie la culpa.
Y perderéis la partida
que yo no puedo morir,
porque hay horas que el sufrir
nos centuplica la vida.

MARQUÉS. De buena o de mala gana,
veo que al fin me entendeis.

DIEGO. Ya que tanto lo quereis,
en hora buena: mañana.

MARQUÉS. ¿Hora?

DIEGO. Las seis.

MARQUÉS. Está bien....
¿Armas?

DIEGO. Las que vos querais.

MARQUÉS. A muerte.

DIEGO. Si os empeñais,
os daré gusto también.

MARQUÉS. ¿Testigos?

DIEGO. Entre los dos
no creo haya felonía:
y por mi parte os diría
que el mejor testigo es Dios.
Marqués, cuidad de prever
que nadie se entere de eso;
y quede al ménos ileso
el honor de esa mujer.

MARQUÉS. ¿Sitio?

DIEGO. La orilla del mar.

MARQUÉS. ¿Quereis que pase a buscaros?

DIEGO. No teneis que molestaros
que nunca me hago esperar.

ESCENA X

EL MARQUÉS

MARQUÉS. Lago de amor sereno y trasparente,
que yo surcaba en brazos de su halago....
En un instante el cieno de un torrente
enturbió los cristales de ese lago.
Paz de la vida, honor de los Monteros,
¿con que andais restregados por el lodo?
Si con sangre se lavan desafueros,
yo la hallaré para lavarlo todo.
¿Qué es esta fiebre ardiente que me asalta?
¿Qué este frenesí que me devora?
Que el corazón ingrato que me falta
es á mi vida necesario ahora.
Yo quisiera inventar algún tormento
agudo como el dardo que élla vibra,
que secára del alma el sentimiento
rompiendo el corazón fibra por fibra.
Ofrecerle una vida de ternura,
llevarla hasta el umbral del Paraíso,
dejarla ver un cielo de ventura,
y hundirla en el infierno de improviso.
Enrique, vuelve en tí, cobra tu calma:
¿estás celoso tú? Lo estás, Montero;
y con la hiel que hoy sobra de tu alma,
hay para envenenar al mundo entero.
Y me es preciso refrenarme ahora
para que no se ría algún menguado....

(En el momento de dirigirse á la puerta interior sale Lola suplicando.)

LOLA. Enrique, oid.

MARQUÉS. *(Empujándola con violencia.)*
Quitad allá.... ¡Maldita la hora
que mi nombre y mi honor os he fiado!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

¡FLOR DE UN DÍA!

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el cuarto de la posada en que habita D. Diego.

ESCENA PRIMERA

(JUAN DE PIÉ, EN MEDIO DE LA ESCENA, CONTEMPLANDO FIJAMENTE Á SU AMO, QUIEN SENTADO JUNTO Á UNA MESA ACABA DE CERRAR UN PLIEGO.)

JUAN Y D. DIEGO

JUAN. (¡Cuán pálido y demudado
se encuentra! ¡Si en este lance
le sucediera un percance!....
¡Tengo el corazón helado!)

DIEGO. *(Levantándose y dándole un pliego.)*
Toma Juan, amigo fiel;
si á las ocho no he venido,
abre este pliego, y cumplido
deja cuanto mando en él.

JUAN. ¿Os asalta algún temor,
Don Diego?

DIEGO. ¡Temor! No á fé:
á tal situación llegué
que el morir fuera un favor.

JUAN. No digais tal. ¿Quién iguala
vuestra destreza en el duelo?
Si vos derribais al vuelo
las golondrinas con bala.

Ya que os fuerzan, satisfecho
dejad á ese camarada.
Si quiere batirse á espada,
le hundís la punta en el pecho.

DIEGO. Juan, no abrigues pena alguna
por ese mal que presientes,
pues son harto consecuentes
la desgracia y la fortuna.
Siendo feliz, mi destino
la muerte me lo truncára
mas hoy que la deseára
no la hallaré en mi camino.

JUAN. No, pues si en esta ocasión
os lastimáran, de fijo
que aunque fuera á mi propio hijo
le partiera el corazón.
Pero cá.... venceis sin duda:
con vuestro brazo batalla
vuestro corazón de malla,
y Dios que vá en vuestra ayuda.
Y soy un solemne bolo,
ó le despachais. (Me dan
congojas de muerte!)

DIEGO. Juan:
Déjame; quiero estar sólo.

ESCENA II

D. DIEGO sólo

(Dá una vuelta por la escena, sumamente ensimismado; y luégo se sienta en una silla al lado de la mesa.)

¡Cuánta mudanza en un día!
Ayer iba al Paraíso,
y naufragó de improviso
toda la esperanza mía.
¡Más valiera que al venir
me hubiese tragado el mar!

Yo vine á Europa á gozar,
y habré venido á morir.
¡Y morir sin el placer
de vengarme! Mas ¿de quién?
si fuera un hombre, está bien:
pero una débil mujer....
Y el mundo, sin compasión,
me dirá: "*goza y olvida*,"
sin mirar que en la partida
he perdido el corazón.
¿Y cómo puedo olvidar?
Es lo mismo que pedir,
que olvide el pulso el latir,
y el pensamiento el pensar.
Y si de pena cubierto
al fin sucumbo cansado,
moriré sin ser llorado,
como un lobo en el desierto.
Yó, que en la mujer creí
y en el amor esperé,
¿dónde encontraré la fé?
¡Pobre insensato de mí!
Y cuando esa mujer véa
que mi existencia apagó,
y mi cráneo se secó
con el calor de una idéa;
y que en desesperación,
cansado ya de sufrir,
la violencia del latir
reventó mi corazón;
¿qué premio habré conseguido
en pago de esta agonía?
¡Hasta la existencia mía
será un recuerdo perdido!
Y hasta que la sepultura
apague esta horrible guerra,

sigue pisando esa tierra
empapada de amargura.
Si la existencia es un bien,
busquemos compensación
de esta funesta pasión....
¿ quién puede dármela, quién ?
Para borrar esta huella
es preciso que el vacío
llene otro objeto ¡ Dios mío !
¡ Si no cabe aquí más que élla !

(*Pausa*)

Cuando la vida se acaba
también se acaba el afán;
y entónces de este volcán
será ceniza la lava;
y nada quedará en mí:
sólo el alma irá volando,
mejor espacio buscando,
dó no engañen como aquí.
¿ Y sin llanto mi querella,
vivirá entónces ? ¡ Mentira !
Si el alma mía respira,
respirará para élla.
¿ Quién dijera, Dios piadoso,
que este inmenso amor á Lola,
me ofreciera una pistola
por llave de mi reposo ?
¡ Miserable condición !
¡ Y en tan agudo tormento
es suyo mi pensamiento,
es suyo mi corazón !
¡ Dios mío, tu nombre invoco
con el alma dolorida :
es un infierno mi vida,
ten piedad de un pobre loco !

(Deja caer la cabeza sobre las manos.)

ESCENA III

EL CAPITAN Y D. DIEGO

CAPITÁN. ¡Mucho se madruga, amigo!
DIEGO. ¡Hola! ¿Sois vos, capitán?
CAPITÁN. Mala noche habréis pasado,
Don Diego, pálido estáis.
DIEGO. Este clima me trastorna.
CAPITÁN. ¿No es más que eso?
DIEGO. Nada más.
CAPITÁN. Ahora salto de abordo
y me han venido á avisar
que una fragata de guerra
á salir próxima está
para el Rio de la Plata.
Si algo teneis que mandar,
el capitán es amigo
y con gusto os servirá.
DIEGO. Capitán, decid que cuente
con un pasajero más.
CAPITÁN. No quedará descontento,
si es amigo vuestro.
DIEGO. Es Juan,
cuyos buenos sentimientos,
es tiempo ya de premiar;
y á quien creo que ya es hora
de dejar en libertad,
para que al lado de su hijo
vaya tranquilo á espirar.
CAPITÁN. ¡Bravo, corazón hidalgo!
¡Que contento va á estar Juan!
DIEGO. Al que vela vuestro sueño.
que llora cuando llorais.

que os ama con toda el alma,
¿qué ménos le podeis dar?

CAPITÁN. Feliz vos, que en torno vuestro
sembrais la felicidad!
¿qué corazón en la tierra
vuestra alma no ha de envidiar?
Faltára la Providencia,
si aquella á quien vos amáis
no bordára vuestros días
de cariño y de lealtad.
¡Ay! ¡Veréis con qué placer
las horas resbalarán
para vos sobre la tierra!
¿Debeis ser feliz?

DIEGO. ¡Cabal!
Cuando uno se encuentra, así,
tan afortunado, y tan....
de la dicha que le sobra
debe dar á los demás.
¿Y qué tal vuestros amores?

CAPITÁN. ¡Ay, amigo mío, mal!
Ya os dije que era mi amada
hija de noble solar,
y yó sólo cuento, amigo,
con mi carrera y no más.

DIEGO. Pero teneis corazón.

CAPITÁN. Con él me lancé á la mar
á luchar desesperado,
y su elemento voraz
contemplando cara á cara,
he dicho á la tempestad,
que ó me ha de abrir ancha tumba,
ó riqueza me ha de dar.

DIEGO. ¿Y élla os corresponde bien?

CAPITÁN. Con cariño celestial;
y como ser pronto espero

capitán en propiedad,
dentro dos años calculo
poderla mía llamar.

DIEGO. ¿No habeis amado más que á élla?

CAPITÁN. Á élla, don Diego, y no más;
y si su amor me faltára
no creo volviese á amar.
Cuando en medio del Océano
arreciaba el huracán,
y como corcho ligero
hacía el buque flotar,
empujándole á las nubes,
ó en rauda velocidad
descendiendo como un cuerpo
que vá su centro á buscar;
cuando amarrado á la caña,
dando próa al vendabal,
sintiendo crugir los mástiles,
suelta mi melena atrás,
á merced de la borrasca,
me viais luchar audaz
contra el inmenso gigante
que se afana en remedar
con sus salvajes mugidos
la voz de la eternidad:
entre las saladas olas,
entre las algas del mar,
sentía venir la aroma
de su aliento celestial,
y jamás con su recuerdo
me impuso la tempestad.

DIEGO. ¡Bien, capitán! Hoy comprendo
que mereceis mi amistad.

CAPITÁN. Con la mía, á todo trapo
sabeis que podeis contar.

DIEGO. Me dijísteis que en América

vuestro padre, al espirar,
dejó un crédito pendiente....

CAPITÁN. ¡Toma! ¿Quién se acuerda ya?

DIEGO. Contra la casa quebrada
de D. Pedro Sandobal.

CAPITAN. Sí, pero ese crédito era
cosa de poca entidad.

DIEGO. ¿Queréis venderme ese crédito
al contado?

CAPITAN, ¿Os chanceais?

DIEGO. No, á fe mía, que en él pienso
ciento por ciento ganar;
os ofrezco diez mil duros.

CAPITAN. Si no asciende á la mitad....

DIEGO. Tanto mejor para vos.

CAPITAN. Corriente, como querais,
pero yo creo, D. Diego,
vuestra idea adivinar;
y no quiero que gravosa
pueda seros mi amistad.
Vos me ofreceis la fortuna,
y yo la quiero ganar;
agradezco con el alma
el beneficio.

DIEGO. No es tal:
es una especulación
que podréis ó no aceptar,
y os la propongo, porque
me tiene cuenta, y no más.
¿Queréis que fuese tan loco,
que tirára mi caudal
sin ton ni son? Por mi vida,
muy pródigo me juzgais.

CAPITAN. Enhorabuena, D. Diego:
si me decís la verdad,
acepto vuestra propuesta;

pero si vos me engañais,
con vuestra noble mentira
haceis mi felicidad.
¿ Cuándo quereis el traspaso ?

DIEGO. Tan pronto como podais :
y Juan, en letras corrientes,
la suma os entregará.

(Váse el capitán.)

¿ Por qué ha de tardar dos años,
si ántes del plazo, quizás,
un desengaño pudiera
su existencia envenenar ?

ESCENA IV

D. DIEGO Y JUAN

JUAN. Señor, ¿ queréis darme audiencia ?
DIEGO. Vamos, ¿ qué quieres ?
JUAN. Yo quiero
muchas cosas. Lo primero
estar en vuestra presencia ;
luégo que hagais el favor,
de decirme á mí el por qué
os batís.
DIEGO. Juan, déjame,
porque estoy de mal humor.
JUAN. Es que no hay paz para mí,
cuando no la hay para vos.
DIEGO. Bien, hombre; véte con Dios.
JUAN. ¿ Sí ? Pues no me voy de aquí.
DIEGO. Atrevido.
JUAN. (¡Ay! ¡qué apuros !)
DIEGO. Sal al punto.

(Juan se vá llorando.)

Espera, Juan :

cuando vuelva el Capitán
le entregarás diez mil duros.
Mira, dentro de este pliego
vá mi fortuna, y que séa
tuya deseo.

JUAN. (¡Qué idéa!)
¿Y qué más queréis D. Diego?

DIEGO. Que á América partas hoy,
porque me conviene así,
y cuando llegues allí,
serás muy rico.

JUAN. No voy.
Que penseis es menester
que uno se vá haciendo viejo;
¿no veis, señor, que si os dejo
quizás ya no os vuelva á ver?

DIEGO. Es que tomé ya el pasaje
para tí.

JUAN. Como querais;
aun cuando me despidais
no me pongo yo en viaje.

DIEGO. ¿Sabes que tengo ya antojos
de echarte?

JUAN. *(Con grave intención)* ¡Conversación!
Si yo os leo la intención
en lo blanco de los ojos.
Vos me quereis engañar
porque soy un pobre diablo,
pero de veras os hablo;
hoy mismo me arrojo al mar,
si me dejais.

DIEGO. ¿Y los lazos
que debes á mi favor?

JUAN. Pero si vos... ¡ah, señor! *(Prorrumpe en llanto)*

DIEGO. Ven acá, dáme los brazos.

JUAN. Estáis bebiendo la copa
de la hiel, por culpa de otros.

Vámonos, para nosotros
es el infierno la Europa.

DIEGO. Imposible.

JUAN. No por cierto,
procurad rasgar la venda,

DIEGO. Cualquier camino que emprenda
me conducira á un desierto.

JUAN. Entónces me quedaré;
vuestro paso he de seguir,
y si ese hombre os llega á herir
juro que le mataré.

DIEGO. ¡Ay de tí, Juan, ay de tí,
si nutres tal pensamiento!
¡Maldijera yo el momento
que tus cadenas rompí!

JUAN. Le respetaré, señor.

DIEGO. No harás más que tu deber,
á ménos que quieras ser
indigno de mi favor.

JUAN. ¡Ah, nó! porque si algún día
me falta vuestra presencia,
sabréis que vuestra existencia
era el jugo de la mía.

DIEGO. Á males que el cielo dá
se ha de inclinar la cerviz.
Juan, tú puedes ser feliz;
yo no puedo serlo yá. *(Váse.)*

ESCENA V

JUAN, sólo

¡Qué pago á su amor, qué pago!
¿Pero quién diablos creyera

que el amor hacer pudiera
en un hombre tal estrago?
No comprendo, no transijo
cómo viéndome tan fiel....
Yo, que teniéndole á él,
ya no me acuerdo de mi hijo;
yo que tengo el alma llena
de este cariño entrañable,
y no puedo, miserable,
ni hacerle olvidar su pena.

ESCENA VI

EL MARQUÉS Y JUAN

MARQUÉS. ¿Don Diego?
JUAN. En su cuarto está.
MARQUÉS. Anda, dile que le espero.
JUAN. ¿Y quién diré?
MARQUÉS. Un caballero.
JUAN. (Algún demonio será.)
MARQUÉS. ¿No vas?
JUAN. Ya voy.
MARQUÉS. ¿Pues qué dudas?
JUAN. Tenga un poco de paciencia.
MARQUÉS. Dí que es asunto de urgencia.
JUAN. (Este debe ser el Júdas.)

ESCENA VII

D. DIEGO Y EL MARQUÉS

DIEGO. ¿Vos aquí, Marqués?
MARQUÉS. Advierto
que os sorprende mi visita:

quedamos para una cita,
y ya es hora.

DIEGO. *(Sacando el reloj.)* No por cierto;
si adelantarla pensais
no hallo en ello inconveniente.

MARQUÉS. ¿Teneis mi daño presente,
y de mi prisa dudais?

DIEGO. No os ofusqueis, pese á tal;
yo arriesgar la vida puedo,
y si al náufrago la cedo
no se la cedo al rival.

MARQUÉS. Yo cuento con vos, D. Diego,
para matar ó morir.

DIEGO. Si vos no os podeis batir.

MARQUÉS. ¿Por qué nó?

DIEGO. Porque estais ciego.
Teneis celos, vive Dios,
y á fé mía, yo no sé
de qué los teneis.

MARQUÉS. ¿De qué?
De que os ama sólo á vos:
de que un llanto sorprendí
que el alma mía halagaba,
y la pérfida lloraba,
y no lloraba por mí.
De que mi alma se exalta
en frenética ambición;
porque quiero un corazón,
y ese corazón me falta.
De que esa mujer querida,
cuyo amor me desespera,
cuando la tuve, nada era,
y hoy que la pierdo, es mi vida.
De que en medio del furor
que ha ahogado mi esperanza,
no acierto á encontrar venganza.

tan grande como mi amor.
De que el cielo os arrojó
entre nuestras almas juntas,
como un puñal de dos puntas
que estáis entre Lola y yo.

DIEGO. Marqués, por vuestro camino
me obligásteis á pasar.
¿Por qué, si quereis luchar,
no luchais con el Destino?
Si es adversa vuestro estrella,
¿es acaso culpa mía?
Vos no sabeis todavía
lo que yo sufro por élla.

MARQUÉS. ¿De veras? Feliz me siento:
no es mi suerte tan cruel,
al saborear la hiel
que rebosa en vuestro acento.
¡Cuál me halaga ese furor
que en la venganza os empeña!

DIEGO. Teneis el alma pequeña
para comprender mi amor.
Cuando por élla he vivido
amándola tanto y tanto,
¿creéis que me halague el llanto,
de la mujer que he querido?
Y hoy, que la desgracia agota
su hiel en élla afligida,
diera con placer la vida
para ahorrarle una gota.

MARQUÉS. Bien puede el favorecido
ser generoso cual vos.

DIEGO. Marqués, no arrastréis, por Dios,
la dignidad de marido;
ni me pongais en aprieto,
porque os juro, por mi fé,
que ni de vos sufriré

que le faltéis al respeto.

MARQUÉS. Don Diego, así os quiero ver,
y ahorrémos digresiones.

DIEGO. Marqués, vos juzgais pasiones
que no podeis comprender.

MARQUÉS. Vamos, pues.

DIEGO. Será mejor
ya que en éllo os empeñais;
mas ved cómo la tratais.

MARQUÉS. Es mi mujer.

DIEGO. Es mi amor;
pero este amor que os revelo,
que hondo aquí dentro se encierra,
irá sin tocar la tierra
de mi corazón al cielo.
Partamos.

MARQUÉS. (¿Qué hay en su acento
que así domina mi brío?
¿Cabe en un hombre, Dios mío,
tan inmenso sentimiento?)
Oid, don Diego: un camino
seguímos por nuestro mal,
en que somos cada cual
la barrera del Destino.
Un sentimiento profundo
á mí me impele y á vos;
ya veis que uno de los dos
está de más en el mundo;
para forzar la barrera
se debe abrir una tumba,
y después que uno sucumba
haga el otro lo que quiera.

DIEGO. (También él es desgraciado.)
¿Y por qué os quereis batir?

MARQUÉS. Porque vale más morir
que vivir desesperado.

DIEGO. (Mi vida le abandonára
si la paz le devolviera.)
Aún seréis feliz.

MARQUES. Quimera;
hay ya un mar que nos separa.

DIEGO. ¿Con que persistís, Montero,
en obligarme á batir?

MARQUÉS. Quiero matar ó morir,
y no sé lo que prefiero.

DIEGO. Lo siento por vos, amigo,
y de mala gana voy;
puedo aseguraros que hoy
la fortuna irá conmigo.

ESCENA VIII

JUAN SÓLO, VIENDO SALIR Á D. DIEGO

Se vá, Dios mío, se vá,
y no quiere que le siga.
¡Ay! ¡El cielo le bendiga!
Dios sabe si volverá.
Si de una alma agradecida
Llega la plegária al cielo,
protegedle en este duelo,
y en cambio tomad mi vida.
Y aunque pida un disparate,
Dios mío, oid mi oración:
que no tenga compasión,
que le mate.... que le mate!!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

¡FLOR DE UN DÍA!

ACTO TERCERO

Salón de la MARQUESA con ventana á la izquierda. Esta aparece vestida de bata blanca, en completo negligé, profundamente abatida, sentada en un sillón y apoyado el codo en una mesa.

ESCENA PRIMERA

JUANA Y LOLA

JUANA. (¡Cuán profunda es la amargura
del dolor que la amilana!)
¿Queréis algo?

LOLA. Gracias, Juana.
Me abrasa la calentura;
resignada ya á mi suerte,
pronto acabaré el sufrir;
el dolor me hará morir,
si el Marqués no me dá muerte.
Si Enrique de una estocada
mata á Diego, en sus enojos,
seré de Enrique á los ojos
una mujer deshonrada;
y del generoso Diego
la noble sangre vertida
irá quemando mi vida
como un bautismo de fuego;

y si sucumbe el Marqués....
¡Ay! mi corazón desmaya;
por donde quiera que vaya
veré su sombra á mis piés.
Madre del hijo de Dios,
madre también sin ventura,
socorred á esta criatura
sin más amparo que vos.
Fuente de paz y consuelo,
doléos de mi quebranto,
y empapada con mi llanto
suba mi plegaria al cielo.
Me siento con más ahinco.
Cuéntame Juana: ¿á que hora
salió Enrique?

JUANA. Mi Señora,
á poco más de las cinco.

LOLA. ¿Con sus armas?

JUANA. Sí, Señora:
las metió dentro del coche;
y estuvo escribiendo anoche
en su cuarto hasta deshora.

LOLA. ¿Qué hora es?

JUANA. Cerca las nueve.

LOLA. Ese reloj me asesina
con la frialdad paulatina
con que la péndola mueve.

(Se oye ruido de un coche.)

JUANA. Señora, abajo en la entrada
paró el coche del Marqués.

LOLA. Anda, vé y mira quién és,
No... no... no me digas nada.

ESCENA II

(Entra el MARQUÉS pálido, floja la corbata y con un papel en la mano. En el momento de entrar hace seña á JUANA para que despeje.)

LA MARQUESA Y EL MARQUÉS

Marqués. Las particiones, Marquesa,
os dejo en este papel
y parto.

Lola. ¡Ay Dios! ¡Cuánta hiel
sobre mi destino pesa! *(Llorando.)*
Ya que me dejais así,
decidme: en el desafío....
¿Murió?

Marqués. No.

Lola. Gracias, Dios mío,
no caiga su sangre en mí.

Marqués. Me ha vencido y me ha humillado;
se batió impasible y seco,
y cual si fuera un muñeco,
dos veces me ha desarmado.
Me cansé de suplicar
que atravesára mi pecho,
y hasta la afrenta me ha hecho
de no quererme matar.
Yo que anhelaba su muerte
á todo trance, ó la mía,
le propuse si quería
jugar la vida á la suerte.
" Con una condición sola
» os acepto la partida,
» dijo: si os gano la vida
» partiréis léjos de Lola...."

—Eso sin duda será
para seguir vos su huella....
—"Si yo la quisiera á élla
» ¿no os hubiera muerto yá?
» Hoy seríais inhumano;
» y no puedo tolerar
» que nadie la haga llorar,
» miéntras vida haya en mi mano.
» ¿Acomoda el pacto?" —Sí;
el dado cogí y tiré:
hice cinco, respiré,
y de horror me estremecí.
Con buen punto perderéis,
me contestó friamente:
cogió el dado indiferente,
tiró al azar.... ¡hizo seis!
"Gané, dijo: y á marchar
» vais pronto léjos de Lola;
» dejadla algún tiempo sola
» que pueda libre llorar."
La deuda que he contraido,
le dije, os será pagada.
"Ved que no os exijo nada
» y podeis darla al olvido.
» Comprendo esa alma sentida,
» y os juro que me pesára,
» que vuestra sangre amargára
» lo que me queda de vida;
» y á quien vuestra esposa ha sido
» no le dejéis por herencia,
» que destroce su conciencia
» la muerte de su marido."

LOLA. Pluguiera á Dios que viniera
y la vida me arrancára.
Si ese hombre me asesinára,
¡Ay! ménos daño me hiciera.

MARQUÉS. Bajo estrella de bonanza
habeis nacido, Señora,
pues ni aun me queda ahora
el placer de la venganza.

LOLA. Siento que el enojo ceje,
si culpable me juzgais;
cumplidla como querais,
y no temais que me queje.

MARQUÉS. La suerte no lo ha querido;
yo respetaros juré
y cuando empeño mi fé,
que nací noble no olvido.
Más vale así, pues por Dios,
que se han de reir de mí,
al saber que me batí
por una mujer cual vos.

LOLA. *(Levantándose con dignidad)*
Ya que son de vos ajenos
sentimientos de ternura,
si insultais mi desventura,
no me rebajéis al ménos.
Hacer del sarcasmo alarde,
con tan débil enemigo,
perdonad, Marqués, si os digo
que es una acción de cobarde.

MARQUÉS. *(Con ironía.)* Sin pensar os ofendí;
mas no acierto á adivinar
cómo se os ha de tratar.
¿ No os trataba Diego así ?

LOLA. Desgarrar con tanta saña
no sabe hacerlo, Marqués,
aquella alma noble no es
capaz de tan vil hazaña.
Y al comparar á los dos,
vos mismo me habeis probado,
que el hombre que os ha humillado

vale mucho más que vos.

MARQUÉS. Creí que el ser vuestro esposo
la queja me permitía....
Ménos sensible os creía....

LOLA. Y yo á vos más generoso;
si ántes del duelo, ó después,
creyendo que os he faltado,
me hubiérais asesinado,
os perdonára, Marqués.
Yo vuestro golpe mortal
esperaría sin duelos,
porque vería los celos
en la punta del puñal.
Pero ¡perdonaros yo
cuando mi honra escarneceis!...
Matarme, Enrique, podréis
pero deshonrarme, nó.

MARQUÉS. (¡Ah! no es culpable, no lo es,
quien así en su honor adora.)
¡Me alejo de vos, Señora!

LOLA. El cielo os guíe, Marqués.

MARQUÉS. Él también á vos os guarde,
y que olvidéis, Lola, os pido,
lo mal que os he comprendido.

LOLA. Lo habeis conocido tarde.

ESCENA III

LOLA sóla

¡Qué pobre y qué mezquino se ha mostrado!
Mi alma hirió con un botón de fuego,
cuando su corazón ha colocado
junto al gigante corazón de Diego.
Alma de hiena, que tan sólo intenta
su víctima roer, crudo y rehacio,

miéntras el otro en su amargura ostenta
un alma más inmensa que el espacio.
¿ Qué valgo yo, desconocida fuente,
que sólo vierte el agua gota á gota,
ante el ancho raudal de aquel torrente
que me anonada en su grandeza ignota ?
Tienda do quiera el alma mía el vuelo,
allí su génio colosal asoma;
árbol que toca con su copa al cielo,
y llena al mundo de su inmenso aroma.
¡Y él fué á jugar, su corazón sereno,
impávido, al azar de una pistola,
un corazón donde vertió el veneno
la imperdonable ingratitud de Lola!
Y sin cuidar del plomo que se lo abra,
la idea de mis lágrimas le arredra:
si no morí al oir esa palabra,
debo tener el corazón de piedra.

ESCENA IV

LOLA Y UNA CRIADA

CRIADA. Señora, ¿si dais licencia?
LOLA. ¿ Qué quereis ?
CRIADA. El negro Juan,
pidiendo está con afán
llegar á vuestra presencia:
dice que trae una carta
y una caja para vos.
LOLA. Que pase adelante... ¡Ay Dios!
si será que Diego parta.

ESCENA V

JUAN y LOLA

(El primero trae una caja, y una carta que sacará del bolsillo; y colocando la caja sobre la mesa, entrega aquella á la Marquesa.)

Lola. ¿ Quedó Diego en la posada ?
Juan. *(Conmovido.)* Me mandó cerrar el pico:
y así, Señora, os suplico
que no me preguntéis nada.
" Anda, dijo, este recado
» á la Marquesa á llevar. "
—Señor, ¿me han de contestar?
—"Nó, que está ya contestado."
Vine volando al momento,
me encargó ser muy conciso;
y así con vuestro permiso
lo traigo, cumplo y me ausento.
Lola. *(Deteniéndole.)* Si alguno matára á tu amo
á traicion y á sangre fría,
¿ qué hicieras ?
Juan. Le mataría.
Lola. Pues tu venganza reclamo.
Yo le he sido desleal;
yo he tronchado su esperanza.
Juan. Á vos, Señora, no alcanza
mi brazo ni mi puñal.
Si habeis cubierto de duelo
un corazón que os adora,
del mal que hicísteis, Señora,
cuenta le daréis al cielo.
Yo soy al amo muy fiel:
le sirvo como él merece;

aborrezco, si aborrece,
y adoro lo que adora él.
No me habría de mandar
si él quisiera ver si mato;
á perro de buen olfato
le sobra con señalar.

LOLA. Si es que una gracia merezca
quien tan mal le ha comprendido,
un postrer favor le pido:
dile que no me aborrezca.
Que nada me queda ya;
y cuando él quiera que muera
cuanto más hondo me hiera,
más mi gratitud será!
Que por compasión le pido
se vengue de cualquier modo;
me resigno á todo, á todo;
á todo, más no á su olvido. *(Váse Juan.)*

ESCENA VI

LOLA, sóla

Me conmueve el hablar de él
y estremecida me quedo;
no sé por qué, tengo miedo
de leer este papel.
Acabémos; hoy se agota
el cáliz á no dudarlo:
corazón has de apurarlo
hasta la postrera gota.
(Coge la carta y la lee.)
" ¿Querrá el cielo que el alma dolorida
» del mártir y olvidado peregrino,
» la senda apure de la triste vida,

» sin ángel que le guie en su camino?
» Cuanto del porvenir mi vista alcanza,
» sin color y sin luz, mirando quedo;
» desde que ha muerto el sol de la esperanza,
» mi pobre corazón dice: *no puedo!*
» En los bosques de América de aloe
» una caja me dieron, os la envío;
» es de un tronco que el tiempo no corroe,
» emblema fiel del pensamiento mío.
» guarda una flor que vuestra mano bella
» puso en las mías en dichoso día;
» y atrás perdidas, en lejana huella,
» van su perfume y la esperanza mía.
» Si vuestra mano, trémula y helada,
» tiembla al abrirla de pavor transida,
» no lo extrañéis, será mi fé guardada
» que acusa muda vuestra fé perdida.
» El brazo desarmé de vuestro esposo,
» porque quizá os creyera mancillada;
» también os ama; al conyugal reposo
» sobra un alma de sufrir cansada.
» Desde el postrer confin á vos, querida,
» se vuelve el alma en amoroso anhelo;
» y entera y satisfecha en la partida
» vá á presentarse con su amor al cielo."
¡Dios mío! ¡Dios de Israel!
Tú que amparas á los buenos,
deténle un momento, al ménos,
para que muera con él.

(Se dirige á la puerta para salir y oye la voz del Marqués.)

MARQUÉS. *(Desde adentro.)* Lola, Lola.

ESCENA VII

EL MARQUÉS Y LOLA

LOLA. ¡Es el Marqués!
Dios eterno ¿á qué vendrá?
MARQUÉS. Perdonadme, esposa: ya
volver puedo á vuestros piés.
LOLA. *(Con desesperada ansiedad.)*
¿Qué quereis?
MARQUÉS. Para la mar
salía con mi dolor,
lleno el corazón de amor
vuestro acento al escuchar.
Al muelle apénas salí,
cuando ví temblando á Juan,
lleno de angustia y afán
venirse corriendo á mí.
¿Qué hay? dije.—"Prestadme ayuda:
» el amo me ha despedido,
» y mirad, me ha enriquecido.
» ¡Ay! se vá á matar sin duda."
Á su cuarto corrí al punto,
y hallé á don Diego escribiendo,
las lágrimas comprimiendo,
pálido como un difunto.
Al verme, tomó cortés
su natural desenfado,
y me dijo con agrado:
"¡Hola! ¿á qué venís, Marqués?"
No sabiendo qué decir
á tan natural salida,
dije que á mi despedida,
pues iba luégo á partir.
"También yo dentro muy poco."

¿Queréis que salgamos juntos?
—"Vamos á distintos puntos,
» y mi viaje es el de un loco."
Me estremeció, Lola mía,
aquella frente angustiada,
porque había en su mirada
un presagio de agonía.
Pues bien: una gracia sola
pedíros ántes quisiera,
dije; por la vez postrera
os habla, llorando, Lola.
Y ahogado del sentimiento
y arrasadas las mejillas,
¡ay! le rogué de rodillas,
y el cielo inspiró mi acento.
Con el alma enternecida
ante ese gran corazón,
yo os pido vuestro perdón,
Lola os pide vuestra vida.

(Expansión de esperanza en Lola.)

No pude acabar.... en cuanto
mis palabras fenecieron,
sus ojos se convirtieron
en dos raudales de llanto;
"Marqués, hacedla dichosa
» cuanto yo soy desgraciado,
» y os juro que equivocado
» juzgásteis á vuestra esposa."
Llamó á Juan, y á la fragata
mandó llevar su equipaje
que vá á emprender el viaje
para el Rio de la Plata.

(Lola cae sin fuerzas en el sillón.)

Lola, muerta ya la ira,
he inclinado mi cabeza,
ante su inmensa grandeza

que, os lo confieso, me admira.
Si en vuestro pecho, Señora,
hoy queda una amarga huella,
sé que un alma como aquella
quien la comprende, la llora.
Perdonad á vuestro esposo
si os desconoció un momento:
no os comprendí, sólo siento
que me venció á generoso.
Y si alcanzar no consigo
vuestro amor, que vale tanto,
de hoy más caerá vuestro llanto
en los brazos de un amigo.
¿Hice bien, querida esposa?

LOLA. Sí, Enrique, esta sola acción
(Alargando la mano al Marqués.)
os vuelve mi estimación;
teneis alma generosa.
Mas si una lágrima mía
veis que en las mejillas arde,
cuando en álas de la tarde
se vaya alejando el día,
para un alma lacerada
pediré gracia á los cielos;
Enrique, no tengais celos;
es una deuda sagrada.

MARQUÉS. Dad libre rienda al momento,
Señora.... yo no confundo
los extravíos del mundo
con un justo sentimiento;
y esas lágrimas de duelo
no las tengais comprimidas;
yo sé, Lola, que hay heridas
que sólo las cura el cielo.

LOLA. Enrique, yo no os creía
tan bueno.

MARQUÉS. Basta, Señora.
Dejad que concluya ahora,
pues hice más todavía:
y fué el rogarle por vos
que ántes nos viniera á ver,
para tener el placer
de darle el último adiós.
Y venir me prometió.

LOLA. *(Con ansiedad.)* ¿Creeis que lo cumplirá?

MARQUÉS. Sin duda; miradlo ya.
(Volviéndose hácia la puerta.)

LOLA. Dios mi plegaria acogió.

ESCENA VIII

DICHOS Y D. DIEGO, SUMAMENTE DESFIGURADO

DIEGO. Señora, pronto á partir
para climas muy distantes,
he querido venir ántes
vuestro adiós á recibir.

LOLA. *(Con ternura, procurando dominar el llanto.)*
Comprendo que hay corazones
que laten, pero hechos trizas.
¿Qué os queda á vos?

DIEGO. ¡Las cenizas,
de mis muertas ilusiones!

LOLA. ¿Y en dónde hallaréis consuelo
que endulce vuestra existencia?

DIEGO. Solamente en mi conciencia
y en la esperanza del cielo.

ESCENA IX

DICHOS Y JUAN

JUAN. *(Al llegar al lado de D. Diego.)*
Mi amo, zarpan.

(D. Diego permanece un momento perplejo y alarga la mano izquierda á Lola. En el momento de estrecharla vacilan sus fuerzas: se desprende y la arroja en los brazos del Marqués, y tendiendo luégo el brazo derecho sobre el hombro de Juan, parte precipitadamente.)

LOLA. La raiz
me arranca del corazón.

MARQUÉS. ¡Qué grande es en su aflicción!

(Se oye un cañonazo, y cáe Lola de rodillas levantando las manos al cielo.)

LOLA. ¡Dios mío, hacedle feliz!

FIN DEL DRAMA